

# Recordando a Pedro Tirado

MANUEL PEÑALVER PROFESOR TITULAR DE LENGUA ESPAÑOLA

CON la muerte del profesor Pedro Tirado, la Universidad de Almería ha perdido a una de las personas que mejor calificaba la palabra cultura en sus más diversas y distintas manifestaciones. No era un profesor de sexenios, ni de quinquenios. Ni siquiera de trienios. Huía de la burocracia para dedicarse con la intensidad de sus ilusiones a la creatividad, al debate y a la defensa de unos valores humanos en los que tan firmemente creía. En la forma y en el fondo, el profesor Tirado era un personaje literario. Nerudiano, unas veces, quevediano, otras. Pero también valleinclanesco y barojiano; borgeano y stendhaliano. Su predilección se concretaba, especialmente, en la fotografía de la vida y en la vida de la fotografía, a las que amaba hasta convertirlas en su pasión más íntima; una pasión tan estrechamente unida a sus conceptos de la libertad y de la esperanza, miríficamente valeristas. En el desarrollo de este acontecer creativo, brilló su vocación periodística, manifestada en el artículo de opinión, que plasmó en los periódicos *Ideal*, *La crónica*, *La Voz* y el *Diario*. Una de sus series de artículos (conviene recordarlo) fue premiada por la prestigiosa Casa de Almería en Barcelona.

La conciencia artística de Tirado Bermejo me atrevo a definirla como un saxo; un saxo, con un sonido potente, melódico, con una limpieza de timbre y con una inventiva y energía inagotable, con una sonoridad resplandeciente de inalterable belleza, que llegaba desde la Alcazaba a cualquier rincón y a cualquier parte; inundando de música la geometría y el atlas de la intertextualidad por su fuerza expresiva, por su semántica plural, por su intrínseca y fecunda intencionalidad comunicativa. Sus fotografías, leídas y recitadas, fueron un diálogo de la vida con la vida misma, una voz que resaltaba entre todas las voces, un grito que resaltaba entre todos los gritos, una nueva *Odisea* /que el profesor almeriense supo convertir, con su machadiana sensibilidad, en homenaje a la palabra y a las palabras; esculpidas, cinceladas, talladas en la alfarería de las vivencias más auténticas. Su dilecto estilo vivía en la incesante iliada de la existencia, en las esquinas de las madrugadas, en las sinuosas callejuelas de las noches inter-

minables, en la laberíntica derrota de los paraísos perdidos. Pedro fue por sí mismo literatura: antes de escribir; antes de hablar; antes de leer. En el psicoanálisis del silencio. En la definición del subconsciente. En la huida de la noche. En la soledad de las horas. En la definición secreta y axiomática que hacía del arte con la cómplice universalidad de la Isleta. Alma suprema de su humor cervantino. Diario íntimo de su inmediatez. Álbum grandioso de su amor a la vida. Inmenso telar de su inspiración. Epítome dilecto de su humanidad. Florilegio indeleble de su sentimentalidad. Mirada misma de su solemne síntesis de las emociones.

Greguería intacta de su estética. Lienzo homérico de su autobiografía.

Fragmento onírico de su inteligente persistencia. Pupila íntima de su premeditado desarraigo. Página memorable de su arrebatado realismo.

Relato fascinante de su inminencia. Hermenéutica edénica de la plenitud.

¿Qué era, entonces, la obra de Pedro Tirado? ¿Fotografía? ¿Literatura? ¿Poesía? ¿Cine? ¿Pintura? ¿Semiología? ¿Capítulo de una novela inédita de Balzac o Stendhal, de Flaubert o Mann, de Proust o Hemingway?

¿Fragmento que se apropia de la temporalidad? Una sinfonía de todas estas sensaciones al mismo tiempo. O imagen de lo que el hombre, el paisaje y el mar armonizan, sin una sola coma o un solo punto de más, en el Sur o en Oriente. En Almería o en Estambul. Una antología sublime y original de la creatividad más hermosa y velazqueña, que paladeaba la perfección de las formas como un escritor paladea la sublime belleza de la expresión mientras escribe. Acodado en la barra de una vieja taberna, dejó escrito que el destino es un mar ajeno que decide lo que toca vivir cada momento. Pedro Tirado, nombre preclaro de un maestro de la conversación y de la sutileza, de la agudeza y del arte de ingenio, de la ironía y de la metáfora, del texto del contexto; clásico y vanguardista, siempre presente en la memoria de sus amigos como una afirmación a la que nunca serán capaces de vencer ni la muerte, ni el paso del tiempo. Como Max Aub nos decía: 'Yo vivo'. Con su genialidad. Con su humanidad. Con su proverbial manera de ver el mundo.